

Editorial

Juventud: Quebranto generacional

Diversas paradojas subsumen a la juventud en el México contemporáneo. Las nuevas generaciones detentan mejores niveles de acreditación educativa, sin embargo la mayoría está siendo excluida del propio sistema educativo y gran parte de quienes acceden a sus beneficios ven menguadas las opciones de inserción a un mercado laboral estrecho. Además los jóvenes representan, una vez más, la conciencia nacional, sobre todo los estudiantes que a expensas de los partidos políticos y los gobiernos se organizan y movilizan al fragor de los estertores de la coyuntura, no obstante los jóvenes marginados están siendo llamados al frente de batalla, como policías-militares o como sicarios, de la irracional guerra interna orquestada por la *narcopolítica*, donde aportan el cúmulo de muertes y afectaciones. Desde su nacimiento, la que fuera identificada optimistamente como la generación del “bono demográfico”, en realidad venía cargando con la impronta de la crisis y la violencia. En los discursos demagógicos, los jóvenes y niños son la esperanza de una nación, pero la tal nación se resquebraja y sus fuerzas vivas se aniquilan.

¿Qué significa ser joven en la sociedad actual? Para las visiones tecnocráticas, la juventud es un rango de edad ubicado entre los 15 y los 30 años de edad y, automáticamente, un “bono demográfico” por el hecho de constituir un sector poblacional abundante que pudiera ser aprovechado productivamente, como “capital humano”, para generar crecimiento económico. Fenómenos como el desempleo estructural derivados de la maquinización y la informática, que convierten en prescindibles a trabajadores no calificados y calificados, y sus válvulas de escape coyuntural, como el

empleo informal, la migración y la delincuencia, a la postre han derrochado el presunto bono.

Para los políticos profesionales, la mayoría arremolinada en torno al pacto neoliberal, los jóvenes, sobre todo los círculos de estudiantes críticos, son un problema social latente, pues los brotes de inconformidad, resistencia y rebeldía contravienen el orden establecido que resguarda la agenda conservadora neoliberal y el núcleo duro de intereses de las élites, las corporaciones y el poder. A fin de someter a las juventudes movilizadas se dictan políticas disciplinarias y represivas, a la vez que los medios masivos de comunicación lanzan imágenes y significados para embadurnarlas con el sambenito de haraganas, rijosas y “anarquistas”. Para los guardianes del orden, la masa inerme de jóvenes debería convertirse en una ciudadanía dúctil y sumisa, que se manifieste, a lo sumo, como un elector pasivo, persuadido por los partidos de un espectro político unívoco para que emita un voto (efectivo, útil, de castigo, nulo, como sea) o que se abstenga sin afectar al aparato electoral ni trastocar los cimientos del sistema de poder. A eso se le llama participación.

Quienes más y mejor han estudiado a la juventud son los mercadólogos y empresarios, no con el fin de promover una mejora en su condición socioeconómica, sino con la clara intención de reconvertirlos en una apetecible categoría de consumidor compulsivo. El diseño, producción y venta de una multiplicidad de mercaderías bienes y servicios cautiva a jóvenes dispuestos a adquirir en el mercado los signos de identidad al comprar, portar y consumir artilugios como ropa de moda, comida rápida, bebidas azucaradas y alcohólicas, zapatos y tenis, gorras, música, películas,

teléfonos celulares, computadoras, *tablets*, etcétera. En ese sentido, joven es una jugosa categoría de consumo.

La exclusión es el signo que marca a los jóvenes. El sistema educativo padece un acelerado proceso de degradación por las políticas restrictivas que recortan el presupuesto destinado al sector; aunado a las presiones gubernamentales y empresariales para mercantilizar la educación, imprimir el sello pedagógico de las “competencias” y la formación de “capital humano” para satisfacer los requerimientos corporativos de demanda de trabajadores con formación técnica con un menguado contenido crítico y un inexistente compromiso humanista y ambiental. El Estado detenta una gran deuda social no reconocida con los jóvenes que no pueden acceder a la educación formal de calidad. La trayectoria educativa tiene una forma de embudo por la exclusión educativa (que se presenta como responsabilidad del educando cuando se cataloga como “deserción”): ancha en el nivel básico y angosta en los niveles de profesional y posgrado. No obstante, para los egresados de licenciaturas, maestrías y doctorados no existe ninguna garantía de inserción en el mercado laboral. La educación ya no ofrece la esperanza de ascenso social y la frustración descarrila las trayectorias estudiantiles. Más aún, buena parte del estudiantado y de los egresados de los diversos niveles educativos comparten la problemática de una educación de mala calidad, por lo que prolifera una especie de analfabetismo funcional que incluye deficiencias en lectoescritura, conocimiento científico-tecnológico, dominio de las herramientas digitales y formación cultural, ética y filosófica. Cada vez más, las carreras se constriñen a su expresión técnica con consecuencias degradantes en la formación de una ciudadanía crítica y creativa.

Es un hecho que los egresados de las universidades no tienen un lugar asegurado en el ámbito laboral. A su vez, los jóvenes están siendo configurados como el nuevo proletariado, en sustitución del añejo perfil del obrero industrial. Con los nuevos esquemas de flexibilización, los jóvenes están siendo tomados como un fuerza de trabajo dúctil, maleable, dispuesta a trabajar en condiciones precarias e inseguras, pues se aprovechan las reformas laborales que desregulan el mercado laboral, la abundancia de trabajadores, la poca experiencia política y sindical. Las corporaciones multinacionales y nacionales toman a los jóvenes como empleados sumisos. Los empleadores se valen

de la ideología competitiva y emprendedora según la cual los trabajadores ya no se conciben como tales sino como colaboradores de los departamentos corporativos y son inducidos a adoptar las divisas corporativas para moldear su identidad. Sin embargo, son más los jóvenes que carecen de vías de acceso al trabajo formal.

Entre los estratos más vulnerables y violentados, el crimen organizado y las pandillas reclutan a sus integrantes con el señuelo de una vida colmada de dinero fácil e inmediato, pese a que se cierne el peligro de cegar la vida con prontitud. La expectativa es afrentosa porque se opta por, o se es obligado a, una vida arreciada donde lo mismo se puede matar que morir. Cada vez más, son menores de edad quienes están siendo incrustados en las filas de la delincuencia. Los jóvenes y niños realizan diversas funciones, desde informantes hasta sicarios o gatilleros. Otro tanto se puede decir del alistamiento de jóvenes pobres en las fuerzas del orden público, de manera que buena parte de la “guerra contra las drogas” la están librando los jóvenes de las clases pobres que se ubican en ambos frentes de combate.

La estela de violencia estatal, corporativa y criminal ha tomado como víctimas propiciatorias, principalmente, a los jóvenes pobres: excluidos o precarizados en el mercado laboral, estigmatizados como criminales en potencia y encarcelados a la menor provocación, enganchados por las mafias o sometidos a su flagelo. El estigma es lacerante. Criminalizar la juventud significa una profunda fractura que niega el presente y el futuro a toda una generación. Por ello la importancia de que los jóvenes asuman su propia realidad y tomen medidas para emanciparse de esta economía política de la violencia y la muerte.

Según Frank Lloyd Wright, “la juventud no es más que un estado de ánimo”. Para el sistema de mercado y poder dominante es un estado anímico cuya jovialidad puede ser canalizada hacia patrones de consumo compulsivo, apatía política y sometimiento laboral en un ambiente de conformismo e indiferencia; sin embargo, por los estudiantes mexicanos, hoy lo sabemos, el estado de ánimo también es un estado de conciencia e indignación ante las atrocidades cometidas por el triunvirato del dinero, el poder y el crimen, una solidaridad actuante que busca otros derroteros para la sociedad.

HUMBERTO MÁRQUEZ